

AGUA

AGUA

A los comuneros y "lacayos" de la hacienda Viseca, con quienes temblé de frío en los regadíos nocturnos y bailé en carnavales, borracho de alegría, al compás de la tinya y de la flauta.

A los comuneros de los cuatro ayllus de Puquio: K'ayau, Pichk'achuri, Chaupi y K'ollana. A los comuneros de San Juan, Ak'ola, Utek', Andamarca, Sondondo, Aucará, Chaviña y Larcaj.

Cuando yo y Pantaleoncha llegamos a la plaza, los corredores estaban todavía desiertos, todas las puertas cerradas, las esquinas de don Eustaquio y don Ramón sin gente. El pueblo silencioso, rodeado de cerros inmensos, en esa hora fría de la mañana, parecía triste.

—San Juan se está muriendo —dijo el cornetero—. La plaza es corazón para el pueblo. Mira nomás nuestra plaza, es peor que puna.

—Pero tu corneta va llamar gente.

—¡Mentira! Eso no es gente; en Lucanas sí hay gente, más que hormigas.

Nos dirigimos como todos los domingos al corredor de la cárcel.

El varayok' había puesto ya la mesa para el repartidor del agua. Esa mesa amarilla era todo lo que existía en la plaza; abandonada en medio del corredor, solita, daba la idea de que los saqueadores de San Juan la habían dejado allí por inservible y pesada.

Los pilares que sostenían el techo de las casas estaban unos apuntalados con troncos, otros torcidos y próximos a caerse; sólo los pilares de piedra blanca permanecían rectos y enteros. Los poyos de los corredores, desmoronandos por todas partes, derrumbados por trechos, con el blanqueo casi completamente borrado, daban pena.

—Agua, niño Ernesto. No hay pues agua. San Juan se va a morir porque don Braulio hace dar agua a unos y a otros los odia.

—Pero don Braulio, dice, ha hecho común el agua quitándole a don Sergio, a doña Elisa, a don Pedro...

—Mentira, niño, ahora todo el mes es de don Braulio, los repartidores son asustadizos, le tiemblan a don Braulio. Don Braulio es como zorro y como perro.

Llegamos a la puerta de la cárcel y nos sentamos en un extremo del corredor.

El sol débil de la mañana reverberaba en la calamina del caserío de Ventanilla, mina de plata abandonada hacía muchos años. En medio del cerro, en la cabecera de una larga lengua de pedregal blanco, el caserío de Ventanilla mostraba su puerta negra, hueca, abierta para siempre. Gran mina antes, ahora servía de casa de cita a los cholos enamorados. En los días calurosos, las vacas entraban a las habitaciones y dormían bajo su sombra. Por las noches, roncaban allí los chanchos cerriles.

Pantacha miró un rato el pedregal blanco de Ventanilla.

—Antes, cuando había minas, sanjuanés eran ricos. Ahora chacras no alcanzan para la gente.

—Chacra hay, Pantacha, agua falta. Pero mejor haz llorar a tu corneta para que venga gente.

El cholo se llevó el cuerno a la boca y empezó a tocar una tonada de la hierra.

En el silencio de la mañana la voz de la corneta sonó fuerte y alegre, se esparció por encima del pueblecito y lo animó. A medida que Pantacha tocaba, San Juan me parecía cada vez más un verdadero pueblo; esperaba que de un momento a otro aparecieran mak'tillos, pasñas, y comuneros por las cuatro esquinas de la plaza.

Alegremente el sol llegó al tejado de las casitas del pueblo. Las copas altas de los saucos y de los eucaliptos se animaron; el blanqueo de la torre y de la fachada de la iglesia, reflejaron hacia la plaza una luz fuerte y hermosa.

1. **Mak'ta** : hombre joven. **Mak'tillo** : muchacho, diminutivo de mak'ta.
Pasña : mujer joven.

El cielo azul hasta enternecer, las pocas nubes blancas que reposaban casi pegadas al filo de los cerros; los bosques grises de k'erus y k'antus que se tendían sobre los falderíos, el silencio de todas partes, la cara triste de Pantaleoncha, produjeron en mi ánimo una de esas penas dulces que frecuentemente se siente bajo el cielo de la sierra.

—Otra tonada Pantacha; para su San Juan.

—¡Pobre llak'ta! (pueblo).

Como todos los domingos, al oír la tocata del cholo, la gente empezó a llegar a la plaza. Primero vinieron los escolares (escolares): Vitucha, José, Bernaco, Froylán, Ramoncha... Entraban por las esquinas, algunos por la puerta del coso. Al vernos en el corredor se lanzaban a carrera.

—¡Pantacha, mak'ta Pantacha!

—¡Niño Ernesto!

Todos nos rodearon; de sus caritas rebosaba la alegría; al oír tocar a Pantacha se regocijaban; en todos ellos se notaba el deseo de bailar la hierra.

La tonada del cornetero nos recordaba las fiestas grandes del año; la cosecha de maíz en las pampas de Utek' y de Yanas; el escarbe de papas en Tile, Papachacra, K'ollpapampa. La hierra de las vacas en las punas. Me parecía estar viendo el corral repleto de ganado; vacas allk'as, pillkas, moras; toros gritones y peleadores; vaquillas recién adornadas con sus crespones rojos en la frente y cintas en las orejas y en el lomo; parecía oír el griterío del ganado, los ajos roncós de los marcadores.

—¡Hierra! ¡Hierra!

Salté a la plaza, atacado de repente por la alegría.

—¡Mak'tillos, zapateo, mak'tillos!

—¡Yaque! ¡Yaque!²

Todos los escolares empezamos a bailar en tropa.

Estábamos llenos de alegría pura, placentera, como ese sol hermoso que brillaba desde un cielo despejado.

2. Interjección de entusiasmo.

Los pantalones rotos de muchos escolares se sacudían como espantapájaros. Remoncha, Froylán, cojeaban.

Pantaleón se entusiasmó al vernos bailar en su delante; poco a poco su corneta fue sonando con más aire, con más regocijo; al mismo tiempo el polvo que levantábamos del suelo aumentaba. A nuestra alegría ya no le bastó el baile, varios empezaron a cantar:

*...Kanrara, Kanrara,
cerro grande y cruel,
eres negro y molesto;
te tenemos miedo,
Kanrara, Kanrara.*

—Eso no. Toca “Utek’pampa”, Pantacha.

Pedí ese canto porque le tenía cariño a la pampa de Utek’ donde los k’erk’ales y la caña de maíz son más dulces que en ningún otro sitio.

*Utek’pampa
Utek’pampita:
tus perdices son de ojos amorosos,
tus calandrias engañadoras cantan al robar,
tus torcazas me enamoran
Utek’pampa
Utek’pampita.*

La corneta de Pantaleoncha y nuestro canto reunieron a la gente de San Juan. Todos los indios del pueblo nos rodearon. Algunos empezaron a repetir el wayno en voz baja. Muchas mujeres levantaron la voz y formaron un coro. Al poco rato, la plaza de San Juan estuvo de fiesta.

En las caras sucias y flacas de los comuneros se encendió la alegría, sus ojos amarillosos chispearon de contento.

—¡Si hubiera traguito!

—Verdad. Cañazo nomás falta.

Pantacha cambió de tonada; terminó de golpe “Utek’pampa” y empezó a tocar el wayno de la cosecha.

—¡Cosecha! ¡Cosecha!

*Taytakuna, mamakuna:*³
los picaflores reverberan en el aire
los toros están peleando en la pampa
las palomas dicen: ¡tinyay tinyay!
porque hay alegría en sus pechitos.
Taytakuna, mamakuna.

* * *

—Sanjuankuna: están haciendo rabiari a Taytacha Dios con el baile. Cuando la tierra está seca, no hay baile. Hay que rezar a patrón San Juan para que mande lluvia.

El tayta Vilkas resonó desde el extremo del corredor: acababa de llegar a la plaza y la alegría de los comuneros le dio cólera.

El tayta Vilkas era un indio viejo, amiguero de los mistis⁴ principales. Vivía con su mujer en una cueva grande, a dos leguas del pueblo. Don Braulio, el rico de San Juan, dueño de la cueva, le daba terrenitos para que sembrara papas y maíz.

A don Vilkas le respetaban casi todos los comuneros. En los repartos de agua, en la distribución de cargos para las fiestas, siempre hablaba don Vilkas. Su cara era seria, su voz medio ronca, y miraba con cierta autoridad en los ojos.

Los escoleros se asustaron al oír la voz de don Vilkas; como avergonzados se reunieron junto a los pilares blancos y se quedaron callados. Los comuneros subieron al corredor; se sentaron en hilera sobre los poyos, sin decir nada. Casi todas las mujeres se fueron a los otros corredores, para conversar allí, lejos de don Vilkas. Pantaleoncha puso su corneta sobre el empedrado.

—Don Vilkas es enemigo de nosotros. Mírale nomás su cara; como de misti es, molesto.

3. **Tayta** : padre, señor; **mama** : madre, señora; **kuna** : forma el plural; **cha** : el diminutivo.

4. Nombre de las personas de las clases dominantes, cualquiera que sea su raza.

—Verdad Pantacha. Don Vilkas no es cariñoso con los mak'tillos; su cara es como de toro peleador; así serio es.

Yo y el cornetero seguimos sentados en el filo del corredor. Ramoncha, Teófanos, Froilán, Jacinto y Bernaco, conversaban en voz baja, agachados junto al primer pilar del corredor; de rato en rato nos miraban.

—Seguro de don Vilkas están hablando.

—Seguro.

Los comuneros charlaban en voz baja, como si tuvieran miedo de fastidiar a alguien. El viejo apoyó su hombro en la puerta de la escuela y se puso a mirar el cerro del frente.

El cielo se hizo más claro, las pocas nubes se elevaban al centro del espacio e iban poniéndose cada vez más blancas.

—A ver rejonero —ordenó don Vilkas.

—Yo estoy de rejón, tayta —contestó Felischa.

—Corre donde don Córdova, pídele el rejón y mata a los chanchitos mostrencos. Hoy es domingo.

—Está bien, tayta.

Felischa tiró las puntas de su poncho sobre el hombro y se fue en busca del rejón.

—Si hay chancho de principal, mata nomás —gritó Pantacha cuando el rejonero ya iba por el centro de la plaza.

—¡Yaque!

Volteamos la cara para mirar a don Vilkas: estaba rabioso.

—¿Qué dices tayta? —le habló Pantacha.

—¡Principal es respeto, mak'ta cornetero!

—Pero chancho de principal también orina en las calles y en la puerta de la iglesia.

Después de esto le dimos la espalda al viejo de Ork'otuna.

Pantacha levantó su corneta y empezó a tocar una tonada de las punas. De vez en cuando no más Panta-

cha se acordaba de sus tonadas de Wanakupampa. Por las noches en su choza, hacía llorar en su corneta la música de los comuneros que viven en las altas llanuras. En el silencio de la oscuridad esas tonadas llegaban a los oídos, como los vientos fríos que corretean en los pajonales; las mujercitas paraban de conversar y escuchaban calladas la música de las punas.

—Parece que estamos en nuestra estancia de K'oñani —decía también la mujer de don Braulio.

Ahora, en la plaza del pueblo, desde el corredor lleno de gente, la corneta sonaba de otro modo: junto a la alegría del cielo, la música de las punas no entristecía, parecía más bien música de forastero.

—Pantacha toca bien puna estilo —dijo don Vilkas.

—Es pues nacido en Wanaku. Los wanakupampas tocan su corneta en las mañanas y atardeciendo, para animar a las ovejas y a las llamas.

—Los wanakus son buenos comuneros.

Pantacha tocó largo rato.

Después puso el cuerno sobre sus rodillas y recorrió con la mirada las faldas de las montañas que rodean a San Juan. Ya no había pasto en los cerros; sólo los arbustos secos, pardos y sin hojas, daban a los falderíos cierto aire de vegetación y de monte.

—Así blanco está la chacrita de los pobres de Tile, de Saño y de todas partes. La rabia de don Braulio es causante. Taytacha⁵ no hace nada, niño Ernesto.

—Verdad. El maíz de don Braulio, de don Antonio, de doña Juana está gordo, verdecito está, hasta barro hay en su suelo. ¿Y de los comuneros? Seco, agachadito, umpu (endeble); casi no se mueve ya ni con el viento.

—¡Don Braulio es ladrón, niño!

—¿Don Braulio?

—Más todavía que el atok' (zorro).

Se hizo rabioso el hablar de Pantaleón.

5. Dios, Jesucristo; literalmente significa "Padrecito".

Algunos escolares que estaban cerca oyeron nuestra conversación. Bernaco se vino junto a nosotros.

—¿Don Braulio es ladrón, Pantacha? —preguntó, medio asustado.

Ramoncha, el chistoso, se paró frente al cornetero, mostrándonos su barriga de tambor.

—¿Robando le has encontrado? —preguntó.

Los dos estaban miedosos; disimuladamente le miraban al viejo Vilkas.

—¿Dónde hace plata don Braulio? De los comuneros pues les saca, se roba el agua; se lleva de frente, de hombre, los animales de los "endios". Don Braulio es hambriento como galgo.

Bernaco se sentó a mi lado y me dijo al oído:

—Este Pantacha ha regresado molesto de la costa. Dice todos los principales son ladrones.

—Seguro es cierto, Bernaco. Pantacha sabe.

Al ver a Bankucha y Bernaco sentados junto al cornetero, todos los mak'tillos se reunieron poco a poco en nuestro sitio.

Pantacha nos miró uno a uno; en sus ojos alumbraba el cariño.

—¡Mak'tillos! ¡Mak'tillos!

Levantó su corneta y comenzó a tocar el wayno que cantan los sanjuanés en el escarbe de la acequia grande de K'ocha.

En los ojos de los cholillos se notaba el enternecimiento que sentían por Pantaleón; le miraban como a hermano grande, como al dueño del corazón de todos los escolares del pueblo.

—Por Pantaleoncha yo me haría destripar con el barroso de doña Juana. ¿Y tú, niño Ernesto?

—Tú eres maula Ramón; tú llorarías nomás como becerro encorralado.

—¡Jajayllas!⁶

6. Interjección de burla, de orgullo.

Al ver la risa en su cara de sapo panzudo, todos los escoleros, olvidándonos del viejo, llenamos el corredor a carcajadas.

Ramoncha daba vueltas, sobre un talón, agarrándose su barriga de hombre viejo.

—¡Ramoncha! ¡Wiksa!

Sólo el viejo no se reía; su cara seguía agestada, como si en el corredor apestase un perro muerto.

* * *

Los comuneros de Tinki se anunciaron desde la cumbre del tayta Kanrara. Parados sobre una piedra que mira al pueblo desde el abra, gritaron los tinkis imitando el relincho del potro.

—¡Tinkikuna! ¡Tinkikuna!

Corearon los escoleros. Todos los indios se levantaron del poyo y se acercaron al filo del corredor para hacerse ver con los tinkis.

—Tinki es bien común —dijo Pantaleón.

Sopló el cuerno con todas sus fuerzas para que oyeran los comuneros, desde el Kanrara.

—Hasta Puquio habrá llegado eso —dijo Ramoncha, haciéndose el asustadizo.

—Seguro hasta Nazca se habrá oído —y me reí.

Los tinkis saltaron de la piedra al camino y empezaron a bajar el cerro a galope. Por ratos, se paraban sobre las piedras más grandes y le gritaban al pueblo. Las quebradas de Viseca y Ak'ola contestaban desde lejos el relincho de los comuneros.

—Viseca grita más fuerte.

—¡Claro pues! Viseca es quebrada padre; el tayta Chitulla es su patrón; de Ak'ola es Kanrara nomás.

—¿Kanrara? Tayta Kanrara le gana a Chitulla, más rabioso es.

—Verdad. Punta es su cabeza, como rejón de don Córdova.